

verdadero ó rechazar como falso este ó aquel milagro, sin ser hereje. Mas si alguno se obstinára en rechazar por falso este ó aquel prodijio, aun después de haberlo examinado la eclesiástica autoridad, aprobándole como verdadero, entónces sería necio, temerario é irreligioso; pero no hereje aun porque la Iglesia no propone tales hechos, sancionados por ella, como cosas de fe.

—En suma, dime tu milagro, y déjate de cuentos.

Al decir estas palabras, entraba un doméstico en el salón, y decía en alta voz:—La señora está servida.—La Needle se dirigió á Julia, diciendo:—Tanto mejor; así no entraremos en cuestiones religiosas.

## XX.

## EL MILAGRO Y SU LOGICA.

Apenas se había sentado á la mesa la familia, cuando la Needle, compelida por su altivez anglicana y por su miedo á las supersticiones papales, se dejó vencer, y dijo:—Oid; mañana miss Julia os dejará ver un templo, en el que ha ocurrido un milagro: cuidado, hijos, con no respetar la iglesia; nadie os fuerza á ir á los lugares católicos, y mucho menos á creer sus leyendas; más, si entráis, acordaos de la buena educación, y de no dar muestras de desprecio, sea lo que sea lo que refieran.

Julia:—No temais, señora; el sitio y el

lugar, antes que desprecio, inspiran reverencia.

—Amiga estimada, tienes el espíritu muy noble, y dejas fácilmente que te induzca la piedad á creer lo que consuela tu corazón. No te reprendo, mas no me sucede á mí lo mismo; tengo el corazón un poco duro, y para creer necesito que medie la biblia y razones brillantes; si no, no.

Julia:—No habéis mal de vuestro corazón, porque me consta que es bueno, hermoso y pio. ¡Cuidado! ¡Mirad que hacer os podría cualquiera burla inesperada!

—No es temible: tengo la experiencia. He visto siempre que algunos hechos asombrosos, examinados de cerca, se trasforman en simples fenómenos naturales, ó bien se rodean de tantas sombras, que no es posible considerarles probados.

—Convengo; no se debe ir á prisa en gritar: ¡milagro! pero hay ocasiones en las cuales, para no verlos, sería preciso arrancarse los ojos de la frente.

—Por supuesto, dijo la Needle, que si viese resucitar á un muerto, gritaría: es un milagro. Mas aquí te quiero; desde Lázaro hasta hoy no se ha visto tal cosa.

—Y sin embargo, debería verse, porque prometió el Señor que obrarían prodigios

los que creen en él, y mas asombrosos aun que los suyos.

—¡Cómo! Si esto sucediese, debería realizarse en las iglesias donde consérvase la pureza de la fe, como sucede (perdona, es mi opinión) en las inglesas. Pues bien. Nosotros hemos dejado de ver milagros en Inglaterra, porque ya no se hacen; si aun ocurrieran, ciertamente no podrían acontecer en las iglesias supersticiosas.

—Os referís á la Iglesia católica, ¿no es verdad? Ahora bien: ¿y si os desengañase algún suceso? Sabed que no hay cosa más obstinada que un hecho: se pone delante y cuanto más se argumenta contra él, menos se mueve. ¿Qué diríais si vierais un milagro tan indudablemente que os fuera imposible sospechar en alucinación alguna?

—¿Qué haría? Yo . . . . —Mistress Needle vacilaba: después, temiendo escandalizar á sus hijas, hizo un esfuerzo, y respondió:

—Diría que no adivino y que no comprendo nada.

Clara y Clemencia fijábanse, ora en Julia, ora en su madre, recogiendo las frases con atención tal, que preocupaba no poco á la señora, John, que generalmente comía con los ojos en el plato, estaba muy atento indicando alguna vez su propósito de tomar

parte activa en la conversación. Al fin, pareciéndole que su madre no contestaba bien del todo, añadió:—En cuanto á mí, si viese un milagro del cual no pudiera dudar, sencillamente diría: existe de seguro el prodigio, pero nada prueba.—

Gozó la buena Mistress por esta triunfal escapatoria de su hijo, añadiendo:—He aquí precisamente lo que yo quería decir.

Julia, sin descomponerse:—¿Y si el hecho probase alguna verdad?

John incontinenti:—Es imposible.

—Yo lo creo posible; porque . . .

John, no pudiendo contenerse ya, rojo lo mismo que amapola, rompió las palabras en la boca de Julia, recalando su dicho:

—Es imposible, porque siendo cada hecho una cosa práctica, concreta, particular, no puede dar razón de una verdad, que es un concepto especulativo, ideal, general: sea Dios, ó el diablo, ó la naturaleza la causa del hecho, nada dice y nada se puede inferir de él.—

Mistress Needle tocaba el cielo con la mano: abría su hijo los labios para decir cosas serias, con fuego, con demasiado fuego quizá, brillando por su talento, por su buen sentido (así le parecía), y por su piedad; todo según su corazón maternal. Mas

Julia no se mordía la lengua; sólo que, á fin de no lastimar al señor John, puso un poco de azúcar en la punta de la cucharada muy acerba que hacerle quería tragar.—A lo menos con vos da gusto discurrir, dijo, y si fuerais doctor en filosofía no hubiéseis robado la láurea. Voy á partir de vuestro principio. Antes decidme: ¿de dónde nace que los apologistas prueban la divinidad de Jesucristo por los milagros que obró? ¿Por qué las turbas, para creer en las doctrinas de Nuestro Señor, pedían portentos? ¿Qué decir quería el Redentor cuando les echaba en cara su incredulidad, diciendo: “Si no me quereis creer, creed en mis obras, y creed por causa de mis obras?” ¿Cómo explicar las últimas palabras de San Marcos: “Habiendo partido los Apóstoles, predicaron por todas partes, cooperando el Señor y robusteciendo su predicación con los milagros?” Ciertamente todos los portentos de Jesucristo y de los Apóstoles eran hechos particulares; sin embargo, el Hombre-Dios y los Santos Libros afirman que prueban la religión, compuesto de misterios y preceptos, que son verdades especulativas y generales.

John, comprendiendo que perdía terreno por la razón ineludible, aguzó su inteligen-

cia, replicando:—Por supuesto; Cristo y los Apóstoles llamaban á Dios en testimonio de las verdades predicadas, Dios se manifestaba con el milagro, y la gente creía: la cosa es natural. Mas los pretendidos milagros de hoy son cosa muy diversa; no los hacen Apóstoles de Dios en confirmación de una doctrina; son (dado que sean) acontecimientos maravillosos, que no afirman ni niegan proposición alguna. ¿Qué resulta en favor de cualquier doctrina, pregunto yo, aunque una imagen de la Madre de Dios mueva los ojos? ¿Aun cuando una criatura haya visto á la Virgen vestida de una manera ó de otra? ¿Aun cuando un enfermo cure después de beber el agua de Lourdes? Por de contado que son hechos en los cuales la imaginación tiene gran parte, mas suponiéndoles indudables, ¿qué doctrina especulativa y general se infiere por ellos? Absolutamente ninguna: dejan las cosas como las hallan. ¿Convenís conmigo, miss Julia?

Mistress Needle saltaba de gozo por la sutil distinción (tal le parecía,) aprobando con la cabeza y aplaudiendo á su hijo, llenándose además de ventura por el provecho espiritual que reportarían Clara y Clemencia. Mas duró poco su triunfo, porque

Julia, en el acto de cortar un pedazo de carne, como si nada hiciese, se dirigió á John, y le dijo con gentil sonrisa:—Veo que el señor John se ha propuesto esta mañana no dejarme comer un bocado en paz, tanto y tanto me apura. ¡Dos cuestiones á la vez, como si una no bastase! Decís, pues, primeramente, que los prodigios modernos no prueban como los apostólicos, porque no se obran en confirmación de una verdad, decís asimismo que cabe la sospecha de fraude y engaño relativamente á los prodigios modernos.

—O á lo menos la de alucinación involuntaria, interrumpió John, que ya se arrepentía de la viveza mostrada, queriendo seguir siendo cortés.

—Bien, empezó á decir entonces Julia: os hago juez nuevamente. Imaginad que yendo á ver, por gusto de viajante, una efigie de la Virgen, observárais que os dirigía una mirada benigna y amorosa, ¿no os parecería una invitación celestial para que veneráseis á María?

—No por cierto. Creería sencillamente tener algo en el estómago, que me deslumbraba; ó bien que mi imaginación se chancaba conmigo, si puedo hablar así; ó que

un juego de luz me hacía ver lo blanco negro.

—Y haríais perfectamente, añadió Julia ejercitada en la dialéctica; haríais perfectamente al principio, para preservaros de las ilusiones; pero supongamos que con reflexión madura, claramente viérais el movimiento de aquellas pupilas pintadas, como veis ahora las de vuestra señora madre: entonces ¿qué haríais? ¿No comenzaríais á creer que aquella mirada milagrosa y dulce os invitaba ciertamente á una cosa?

—¡Oh! En tal caso haría ciertamente mis reflexiones.

—Además, dijo insistiendo Julia, si una hermanita vuestra, al descender del coche, cayera de mal modo (Dios no lo permita), rompiéndose un brazo, y yo con un bañito de agua de Lourdes se lo volviese á su buen estado, ¿no os confirmaríais en la persuasión de que Dios agradecía y aprobaba con la señal milagrosa la confianza que tienen sus devotos en María?

—¡Aquí te quiero! respondió John. ¡Si estos hechos acaeciesen! Con *sís* se fabrican muchas cosas que no subsisten. Quisiera yo ver tales hechos; mas los negaré interin no los contemple con mis dos linternas.

Julia, sin dejarle respirar:—Luego convenís en que si lo viérais, veríais al propio tiempo iluminarse una doctrina especulativa, una verdad, un dogma, que os haría discurrir. Mas os encastillais en la segunda y postrer defensa de negar la existencia de los hechos mismos.

—Sí, sí, me atrincheró en este reducto dijo John con desenvoltura, persuadido de que allí sería inexpugnable; confieso que si los milagros sucediesen como los fingís, me darían en qué pensar. Mas siendo falsa la suposición, falsa es la consecuencia: ya se sabe que el absurdo nace del absurdo. Hacedme ver y palpar un milagro: después hablaremos nuevamente.

—Aquí mismo lo haría yo, si tuviera el encargo del Omnipotente, para contentar al señor John. . . . O más bien lo haría después de la comida, porque de otra suerte vuestras hermanitas, completamente ocupadas en el prodigio, irían á dormir sin probar bocado.—

Con estas palabras proponíase Julia diferir la conversación, para volver á ella en tiempo mejor, y no forzar á John á reconocer demasiado violentamente sus errores. Mas mistress Needle, no obstantes sus propósitos de no suscitar cuestiones religiosas

empujó las cosas hasta el último extremo. Parecía que John continuaba vencedor aun batido en los demás puntos, mientras siguiese invulnerable en el de negar la existencia de los milagros modernos, y Julia no sabía referir ninguno incontrovertible. Queriendo afirmar su victoria, dijo:—Estoy cierta de que aquel milagro de que hablabas con Kelerina es precisamente de los que se desvanecen examinados de cerca.

—Añadió John con juvenil jactancia:—El que me cuente un milagro, fuera de los referidos en la biblia, y me lo haga creer, *erit mihi magnus Apollo*, le regalo desde ahora mi reloj de repetición y su cadena de oro. Ningún prodigio moderno reúne todas las condiciones que reputo precisas para considerarle digno de fe.

Julia, que no quería volver á combatir, respondió chanceándose:—Esto de fijar condiciones á Dios cuando no se quieren reconocer sus obras, me recuerda el efugio de un célebre personaje nuestro cómico, el cual, condenado por su rey á que le ahorcaran de un árbol, pidió poder á lo menos buscar uno hermoso que le gustase. Se le concedió y fué conducido á la selva para que lo escogiese. ¡Considerad lo que sucederá!

No le agradó ningún árbol para el indicado servicio y no pudo ser ahorcado.

—No es mi caso: dijo John. No impongo condiciones arbitrarias, exijo sólo la realización del prodigio en circunstancias razonables, que excluyan todo engaño posible. Por ejemplo, tratándose de una curación, como las de moda hoy, con el agua de Lourdes, quisiera que antes, en una consulta de médicos, se declarara el mal incurable; después, que se reconociera el líquido, para tener la certidumbre de si es ó no medicinal; después, que la salud se recobrará instantáneamente, á la luz del día, delante de muchos testigos; finalmente, quisiera esperar un año para ver si el favorecido recaía ó no.

—Podrías, añadió Julia, pedir directamente que descendiera el Espíritu Santo en figura de paloma, y que os revelara el portento hablandoos al oído. Los primeros convertidos no pedían tanto á los apóstoles para creer en su predicación, y me figuro que vos, imponiendo tantas condiciones á la Divinidad, no tendreis nunca la satisfacción de ver un milagro.

—Me paso bien sin ellos.

Duras verdades tenía Julia en la punta